

BATISTA, MILITAR

EL CORONEL Fulgencio Batista y Zaldívar, jefe del Ejército Constitucional, ha pasado a ser—en virtud de haberse acogido al retiro de acuerdo con una ley especial que el Congreso votó y el Presidente sancionó para facilitar tal empeño—el ciudadano Fulgencio Batista y Zaldívar, líder y animador de la llamada Revolución del 4 de Septiembre. De nuevo en su corta pero accidentada vida de jefe militar y de político, el ex sargento taquígrafo del disuelto Ejército Nacional ha tomado una decisión con valentía; ha optado, frente a una disyuntiva apremiante, por un rumbo concreto, sin importarle sus consecuencias ni sus implicaciones.

De hecho, con su retiro, el hoy ciudadano Batista da término a la carrera militar del coronel. Puede, por tanto, juzgársele en este último aspecto, y hacerse un examen de conjunto de su labor de sus orientaciones y de sus conquistas dentro del Ejército que sublevó de abajo arriba, que reorganizó y que subordinó a su voluntad hasta convertirlo en un instrumento disciplinado y dócil a sus deseos y a sus inspiraciones.

Cuando el golpe del 4 de Septiembre se produjo, no es posible negar que la nacionalidad estaba en quiebra. Todos los frenos morales y jurídicos estaban rotos. El derrumbe de la dictadura de Machado sorprendió al país sin una fuerza política y doctrinariamente organizada, que asumiera el mando con el consentimiento y la solidaridad de las masas. Nadie disfrutaba de la autoridad esencial para hacerse obedecer y conducir el país por un cauce de legitimidad y de orden. Y el resentimiento popular por un lado, la sed revanchista por otro y el impulso primario que mueve a las multitudes cuando advierten que ningún freno de sanción las restringe, produjeron un caos, un caos dentro del cual ni la propiedad ni la vida humana disfrutaban de garantías y en el que cada ciudadano debía asumir la defensa de sí mismo, a su modo.

De momento, "la sargentada"—como se la calificó en aquellos días—produjo más confusión en el ánimo público, porque el Gobierno quintuple que nació en Columbia tenía—a pesar de la hibrididad de su integración en la que figuraba hasta un banquero—un tinte de comisariado soviético. Se temió, y con razón, que en un momento de anarquía nacional en la que la única esperanza de represión y ordenación había que apoyarla en la fuerza pública, un movimiento de sublevación de la tropa contra la oficialidad superior viniera a añadir un nuevo peligro a los ya existentes. El hombre que inducía a los soldados a no obedecer la jerarquía de los jefes, ¿no sufriría, después, la desobediencia de sus afines? El éxito y la impunidad del desacato ¿no estimularían en el futuro una rebeldía crónica?

El sargento Batista, sin embargo, colocóse las estrellas de coronel. Y en ningún momento se les eclipsó el brillo. No sólo disciplinó su tropa, sino que, con ella, disciplinó la insurgencia ciudadana y fué, lenta, pero seguramente, transformando cada revolucionario de recortada en mano o de bomba en puerta, en un exilado político o un reo melancólico sujeto a los Tribunales de Urgencia. Acabó con el terrorismo, con los secuestros, con las "tánganas", con los "exigimos", con las bravatas. Una sociedad fatigada de la violencia, de los excesos, de la sangre vertida, en una palabra, del clima bárbaro, respiró con alivio al comprobar que, poco a poco, la fuerza pública iba limpiando la nación de escopeteros, de petardistas y de secuestradores, que deshonraban la Revolución, disfrazando sus delincuencias de heroísmos y de idealidades políticas.

El coronel Batista, como jefe militar, no sólo supo restablecer el orden, sino que, al propio tiempo, disciplinó la tropa a su manera. Dentro de una familiaridad y una camaradería inteligente, que eliminaba del ordenamiento jerárquico todo rigor opresivo—muy difícil, por lo demás, con jefes que hasta la mañana anterior eran sargentos o soldados—Batista se ganó la obediencia al par que la simpatía de la tropa. Para esto tuvo la malicia de elevar la categoría del soldado a un rango humano. En vez de barracas infectas, les edificó pabellones. No vaciló en otorgar concesiones que crispaban los nervios y la sensibilidad de los militares de carrera, como cuando permitió que el soldado raso usara botas y uniforme de gala, como los oficiales. Cada soldado, de lejos, ofrecía la apariencia de un oficial y esto halagaba el ingenuo orgullo de los humildes. Batista, de fijo, calculó que esta vanidad era inofensiva para todo el mundo, excepto para el mismo soldado a quien el imperativo económico le

enseñó pronto que vestir como el oficial sin percibir su sueldo ni portar sus galones, era un dispendio inútil. Pero, psicológicamente, la tropa se sintió satisfecha, y el coronel obtuvo, por una vía distinta, un resultado más eficaz que el de la disciplina temerosa. El nuevo Ejército tiene una mística: la mística de una hermandad que—es preciso decirlo, por cuanto estos comentarios quieren ser imparciales y sinceros—nace de la preocupación del coronel en dotar a sus subordinados de tal número de conquistas que, en cierto modo, dentro del ambiente cubano, constituyen un privilegio. La gente de uniforme tiene hospitales, playas, teatros, viviendas, creados y mantenidos con claro sentido de su eficacia por el coronel Batista. Y el himno y la bandera del 4 de Septiembre no fueron inventados por el coronel por un propósito simplista, sino porque el astuto líder aprendió en los libros que el poder de los símbolos opera sobre las grandes masas, uniformadas o no, con arrolladora eficacia.

Batista, dentro de la vida cubana, ha sido, en los últimos seis años, un factor decisivo. En todo ha intervenido. En todo ha actuado. Su acción se ha compartido, simultáneamente, entre la atención de su tropa y su interferencia en las actividades políticas. Como militar, juzgado objetivamente y situándonos en el punto de observación de la tropa, ha sido uno de los jefes más intuitivos, avisados y justos de que puede ufanarse el Ejército. Así como en la vida política sus errores, sus cambios de táctica, sus vacilaciones y sus tolerancias dan material para un enjuiciamiento severo, en lo que respecta a su condición de jefe militar es preciso otorgarle un crédito amplísimo. Todas las organizaciones cívico-militares son, sin duda, la única cosa de trascendencia pública que ha realizado la Revolución, entendiéndolo por ésta no el septembrismo, sino el movimiento general de repulsa y de insurgencia contra Machado que generó su caída, después de la cual el país echó de menos la aparición de un líder genuino capaz de canalizar las ansias de mejoramiento y renovación del pueblo de Cuba y que las transformara en hechos concretos.

Cupo a Batista, como militar, hacer, al margen de la vida civil, y por medio de las organizaciones corporativas que concibió y creó, seleccionando a sus directores con innegable acierto, la tarea de reforma educacional, sanitaria y benéfica que, hasta ese momento, la ineptitud y más que la ineptitud la rapacidad de nuestros políticos, no había querido llevar a la práctica. Y pudo hacerla, precisamente porque tales organismos, parcialmente en manos de militares, son, hoy por hoy, inaccesibles a los políticos de oficio. Entregad el Consejo Corporativo a los dirigentes de nuestras organizaciones sectarias y en tres semanas el Instituto Tecnológico de Ceiba del Agua, el Consejo Nacional de Tuberculosis y las escuelas cívico-urbanas serán predios para el disfrute de la "sargentería".

Es claro que el coronel Batista no puede ufanarse de que el Ejército que él ahora abandona sea perfecto. No todos sus colaboradores en la milicia han procedido en forma que promueva mayor prestigio para el cuerpo. Sin duda que a muchos de sus compañeros de armas no los seleccionaría—no los seleccionó—para dirigir ni actuar dentro de las organizaciones corporativas que él ha procurado mantener pulcras. Hay enriquecimientos súbitos y disfrute de privilegios que no favorecen a los institutos armados. Es necesario hacer esta salvedad para que el juicio sincero no luzca manchado con la omisión ostensible de culpas palmarias. Pero, en justicia también, no podría exigirsele a Batista que en los seis años en que tuvo que moldear, halagar, organizar y utilizar una fuerza humana aquejada de los mismos vicios de origen que en nuestra sociedad predominan, la convirtiese en una fuerza pura, o mejor dicho, en la única fuerza pura, dentro de un medio en que las otras clases, profesionales, comerciales, políticas, administrativas, etc., están deplorablemente descompuestas. A veces hay pecadores útiles, por fieles o por trabajadores, de los que no se puede prescindir sino en el momento propicio. Y para juzgar el hecho militar con serenidad crítica no cabe—recordando lo que había en Cuba—señalar tan sólo los excesos o las ilicitudes cometidas por algunos de sus miembros, sino reconocer los otros muchos que se pudieron hacer y no se hicieron. Recuérdese que el coronel Batista, poseyendo una fuerza ciegamente adicta, ha usado más bien el servilismo de los no uniformados para el logro de sus deseos que la bayoneta de sus subordinados.

Pero tanto como su jefatura militar mueve a la simpatía, su jefatura política incita a la censura. El examen de esta última requiere la atención de otro artículo.

Artículo, día 17/39

DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR DE LA HABANA